

«Jesucristo, habiendo sido enviado para morir, ha debido necesariamente nacer, á fin de que pudiese morir; nada sino lo que nace suele terminar por la muerte; el nacimiento y la muerte forman una deuda recíproca.»—La carne de Cristo, siendo la materia de su sacrificio y de la participacion eucarística por la cual somos regenerados, es como el *polo de la salvacion*. «La generacion virginal de María es, pues, el fundamento de nuestra regeneracion.»—Además de esto, por la carne es por lo que participamos de la caída de nuestros primeros padres, y por la carne es por donde debemos ser levantados de ella. También el Apóstol llama á Cristo el *nuevo Adán*. Tertuliano penetra, bajo este punto de vista, en la doctrina de la antítesis de la Resurreccion y de la caída, ya profetizada por San Ireneo y por San Justino, y la espone á su vez con todas las consecuencias gloriosas para María. «Dios, dice, por una operacion contraria á la del demonio, ha querido volver á tomar su imágen, de que el demonio se habia hecho dueño. Permaneciendo todavía Eva virgen, entró en su alma una palabra que levantó en ella el edificio de la muerte; era, pues, necesario que el Verbo de Dios entrase en una Virgen para reedificar en ella el edificio de la vida, á fin de que lo que habia sido perdido por el sexo femenino fuese recuperado por el mismo sexo. Eva habia creído á la serpiente: María ha dado crédito á lo que Gabriel le ha anunciado; el crimen que la una ha cometido creyendo, la otra lo ha borrado creyendo también (1).»

Oponiendo de esta manera Tertuliano la Maternidad de María á los que negaban la humanidad del Hijo de Dios, no se descuida de hacer valer su virginidad contra los que negaban la Divinidad del Hijo de María. «No era conveniente, dice, que el Hijo de Dios naciese de obra de hombre, por miedo que si era todo hijo del hombre, no fuese de ninguna manera Hijo de Dios, sino tal que tuviésemos que creer á Ebion, que pretende que no haya sido sino un puro hombre (2).» Así, ¡cosa admirable! de la misma manera que la

(1) De car. Christ., cap. XVII.

(2) De car. Christ., cap. XVIII.

Madre atestigua al hombre en Jesucristo, la Virgen atestigua al Dios, y *la Madre-Virgen al Hombre-Dios*.

Tertuliano concluye haciendo ver, que el parto virginal de María es, de esta manera, la desesperacion y la confusion de todas las heregias y el argumento invencible de la Religion. «Así vemos, dice, el cumplimiento de aquella palabra profética que Simeon pronuncia sobre este Niño recién nacido; Nuestro Señor Jesucristo. «El será para muchos, dice, un motivo ó de resurreccion y de salvacion, ó de pérdida y de condenacion, y una señal de contradicciones.» Es la señal del Nacimiento de Jesucristo anunciado por Isaías. «Por esto, dice, el mismo Señor os dará una señal: *una Virgen concebirá y parirá un Hijo*.» Reconocemos, pues, esta señal de contradicciones; *La concepcion y el parto de la Virgen María*; señal acerca de la que dicen aquellos hereges: Ella ha parido, y ella no ha parido; ella es Virgen, y ella no es Virgen.... Por nuestra parte, nosotros no dudamos, como ellos, y lo que creemos no se halla encubierto con una suspension ambigua; entre nosotros la luz es luz, y las tinieblas tinieblas; lo que es, es; lo que no es, no es. Aquella que ha parido, ha parido; y si ella ha concebido siendo virgen, ella ha sido mujer en el parto, de tal manera, sin embargo, que ha sido conservada su integridad (1).

VI. A este gran testimonio de la doctrina, que hace descansar la fé sobre la Maternidad divina de María, testimonio tan unánime y tan fuertemente encadenado desde San Ignacio á Tertuliano, sucede inmediatamente el de Clemente de Alejandría, que escribia por los años de 217. Clemente de Alejandría, á quien basta nombrar para nombrar la ciencia mas vasta de su tiempo, el depósito de todos los conocimientos humanos, la literatura, la filosofia, la elocuencia, y una sed de verdad que, despues de haber llevado su ardor por toda la tierra, no se sació sino en el Cristianismo; Clemente de Alejandría que, segun nos lo refiere él mismo, «estudió bajo los maestros y obispos mas distinguidos, algunos de los

(1) De car. Christi., XXIII.

cuales hasta habian sido discípulos de los Apóstoles, para instruirse en la verdadera tradicion apostólica (1), espone en su *Pedagogo* una doctrina, en que la Virgen María es preconizada con tanto mas honor, cuanto lo es, en los precedentes testimonios, por la parte activa de su ministerio en la economía de la salvacion humana, por la vida incesante que en ella nos comunica de tal manera, que su culto no es gratuito, sino que es como parte de la obra de Dios.

Segun Clemente, lo mismo que segun San Ignacio, la comunión de Dios con su obra ha comenzado solamente, pero no está consumada por la Encarnacion; ella se continúa por la Eucaristia, y se consume por la formacion de los fieles y de la Iglesia, cuerpo místico de Jesucristo. La Encarnacion, la Eucaristia, la Iglesia: he aquí, pues, las tres transformaciones de la vida, que eleva á la union de Dios los seres decaidos: he aquí la *Educacion pedagógica* de la humanidad. Ahora bien; que María ha cooperado á la Encarnacion, y que de ella le resulta una gloria incomparable, es lo que hemos visto cien veces, y esto solo seria bastante para honrarla; pero la Encarnacion se continúa en la Eucaristia, y el ministerio de María se continúa con la Encarnacion. De esto se deduce que, Madre de la cabeza, ella es, por esta, Madre de los miembros; que ella los cria y alimenta en la Iglesia, como siendo ella misma la Iglesia, en su relacion mas elevada con Dios. Y para ser propia á este eminente misterio de *union*, ha recibido ella misma un privilegio de *unidad*, que es el mas grande despues del de la Trinidad, á la cual la asocia este privilegio. «Misteriosa maravilla! esclama Clemente de Alejandria en su admirable estilo. El Padre de todas las cosas, es *uno*; el Verbo de todas las cosas, es *uno*; el Espiritu Santo, es *uno*, y el mismo en todas partes. La Madre, la Virgen, son una. Yo le doy con alegría el nombre de *Iglesia*. Esta Madre única no tuvo leche en sus pechos, porque no habia conocido varon (2);

(1) Stomat., I, I.

(2) Esta opinion, ¿no podria tener á su favor la autoridad de la tradicion apostólica, en la cual dice San Clemente haber tomado su doctrina? ¿No encontrará su sancion en la profecía de

pero ella es al mismo tiempo Virgen y Madre; inmaculada como una Virgen; pero tierna como una Madre, la cual Hama junto á sí á sus hijos y los alimenta con una leche sagrada, con el Verbo hecho niño. Por esto es por lo que ella no tuvo leche, ó mas bien que tuvo por leche á este bello hijo de su corazon; el cuerpo de Jesucristo, que, por el Verbo que le está unido, cria la jóven generacion que el mismo Señor ha parido en el dolor, y de la cual es preceptor, nodriza y ayo. *Comed*, ha dicho, *mi carne, y bebed mi sangre*; he aquí el alimento enteramente singular que ofrece el Señor; nos presenta su carne, vierte su sangre, y nada falta ya al crecimiento del niño (1).

Isaias: «Una Virgen concebirá y parirá un Hijo, cuyo nombre será Manuel? *El comerá manteca y miel*, BUTYRUM ET MEL MANDUCABIT?» En fin, la doctrina católica y apostólica de San Clemente, segun la cual María no era Madre de Jesus por él, sino por nosotros, sus otros hijos, á quienes ella debia alimentar de Jesus como de su leche, ¿no dá á esta circunstancia un carácter augusto, que hace pensar al corazon y que conmueve al espíritu? Es verdad que se puede oponer el *Beata ubera quæ suxisti*, del Evangelio; pero esto consiste en que se creia á Jesus *Hijo del Carpintero*, y la virginidad de María estaba encubierta bajo la condicion de esposa.

(1) O miraculum mysticum! Unus quidem est universorum Pater. Unum est etiam Verbum universorum, et Spiritus Sanctus unus, et ipse est ubique. Una autem sola est mater Virgo: mihi autem placet eam vocare *Ecclesiam*. Lac non habuit Mater hæc sola, quoniam sola non fuit mulier. Virgo est autem simul, et Mater: integra quidem et inviolata ut Virgo: amans autem, ut Mater: quæ suos accersens infantulos, sancto lacte, nempe Verbo infantili, enutrit. Ideo autem lac non habuit, quod lac esset hic infantulus pulcher et conjunctus, scilicet corpus Christi, novum cœtum Verbo nutriens: quem ipse Dominus carnali dolore peperit: quem ipse fasciis alligavit Dominus, pretioso sanguine. O sanctum partum! o sanctas fascias! Verbum est omnia infanti, et pater, et mater, et pædagogus, et altor: «Comedite, inquit, meam carnem et bibite meum sanguinem.» Hæc convenientia alimenta nobis suppeditat Dominus, et carnem præbet, et effundit sanguinem: et ad incrementum nihil deest infantulis. — *Pædagogus*, lib. I, cap. VI.

Este niño es cada uno de nosotros, y colectivamente lo es la Iglesia, engendrada y nutrida con la sangre de Jesucristo, y que ella misma engendra y alimenta con esta divina sangre á los hijos espirituales que nacen en ella. «Es, pues, la Iglesia, como María, dice San Clemente Alejandrino: ella es Virgen, porque es pura de toda heregia, que mancilla el cuerpo de Jesucristo, suponiéndole nacido de generacion humana: ella es madre, porque solo con su intervencion y en ella nacen y son alimentados los cristianos.» Mas si la Iglesia es como María, es porque María es la forma viva de la Iglesia, y porque por medio de María infunde Dios en su Iglesia la vida y la fecundidad; fecundidad divina que, despues de haber producido el *Primogénito de María*, segun la carne, produce á sus otros hijos, miembros de este *Primogénito*, segun el espíritu. La asimilacion de María con la Iglesia está en la misma relacion que la de los miembros con la cabeza. Ellas son una misma Madre, como nosotros somos un mismo cuerpo con Jesucristo; y en esta única Maternidad tiene María la superioridad de haber dado á luz la Cabeza por quien y en quien se verifica el nacimiento de los miembros. Así, la Iglesia es como la expansion de la Maternidad de María; ella es el seno místico de María, dando á luz el cuerpo místico de Jesucristo.

¡Qué admirable doctrina! ¡Cuán gloriosa para María y para la Iglesia! ¡Qué venerable es su antigüedad, y cuánto la recomienda á nuestro respeto y á nuestro amor! Esta doctrina no es solo de San Clemente de Alejandría; porque, además de que este último discípulo de los Apóstoles la habia tomado de ellos, la hemos visto personificada en la mujer del Apocalipsis, á la vez á María y la Iglesia, segun la enseñanza católica, atestiguada por San Agustin, y volvemos á hallarla en todos los escritos de aquella primera edad. En las actas de los mártires de Lyon y de Viena, en el año 177, hablando de los que en un principio habian apostatado de la fé, pero que, vueltos al buen camino por el ejemplo de los que la habian confesado generosamente, habian vuelto á su gremio, se lee: «Nada sabia igualar la alegría de LA VIRGEN MADRE cuando pudo abrazar de nuevo como vivos á los que acababa de desechar de sí como muertos. Porque, por los mártires, la mayor parte de aque-

llos que habian renegado fueron recibidos nuevamente en su seno, sostenidos y reanimados con una nueva vida (1).» Háblase allí de la Iglesia, pero de la Iglesia identificada, así por la alusion como por la espresion, con la Virgen Madre.—Se le dá allí evidentemente el nombre de *Virgen Madre*, como Clemente de Alejandría dá á la Virgen Madre el nombre de *Iglesia*.

Así María, *viviendo en la Iglesia*, es la creencia de la Iglesia desde los primeros tiempos.

VII. Mas prosigamos nuestra esposicion. A Clemente de Alejandría sucede Orígenes, su discípulo, el asombro y la admiracion del mundo por la estension de sus conocimientos, el brillo de su enseñanza, la energía de su carácter, la dulzura y humildad de su alma en todo el movimiento de su accion. Hubiera sido demasiado largo recoger todos los pasajes de sus obras, inspirados por su veneracion á la Madre de pureza, de esta pureza á la cual se sacrificó él mismo. Citemos únicamente estas palabras de su comentario sobre San Mateo: «Esta Virgen María es llamada Madre del Hijo único de Dios, digna Madre de un Hijo digno, Madre inmaculada de un Hijo Santo é inmaculado, Madre única de un Hijo único (2). Mirad á María como un tesoro celestial que se os dá á guardar, hace decir por el Angel á San José, como todas las riquezas de la divinidad, como la plenitud de su santidad, como una justicia perfecta. Tomadla y conservadla como la residencia del Hijo único de Dios, como su templo honorifico, como el don de Dios, como Aquella que es propia del Criador de todas las cosas, como la vivienda inmaculada del real y celestial Esposo (3).» San Bernardo, en las piadosas aspiraciones de su devocion para con María, ¿ha dicho cosa mas espresiva? El lenguaje humano, ¿puede explicar cosa mas sublime que esta relacion de dignidad, de pureza, de santidad y de gloria entre

(1) Epístola sobre los mártires de Lyon, atribuida á San Ireneo, cap. XII.

(2) Homilía I in Matth., cap. I.

(3) Id. ibid.

una criatura y el Hijo de Dios? Tal era la devocion á María en el tercer siglo, por una sucesion de doctrina que comienza en el primero.

VIII. Esta sucesion se vé, despues de Orígenes, en San Arquelao, su discípulo, como él lo era de San Clemente de Alejandria, que lo habia sido de San Ireneo: porque no es otro el encadenamiento histórico de esta esposicion, pues no son testimonios individuales y aislados los que alegamos, sino un solo gran testimonio continuo y solidario en sus órganos sucesivos.

Lo que vamos á referir de San Arquelao es no menos importante que interesante y poco conocido.

Arquelao, hombre de una profunda inteligencia, lleno de fuego y de genio, como se echa de ver en los escritos que nos ha dejado, se hizo célebre, principalmente hácia el año 277, por sus discusiones con Manés, que ha dado nombre á la grande heregia del *Maniqueismo*. Manés, cuyo nombre propio era Cubrico, hijo de un liberto de Persia, educado por la caridad de una señora benéfica, habia recibido de Terebintho, discípulo de Sethian, un escrito en cuatro libros, que contenia el sistema de religion filosófica tomado de Zoroastro y convertido en heregia cristiana bajo el nombre de Maniqueismo. Formó el proyecto de propagarla muy lejos. Fugado de la prision á que le llevó el no haber acertado en la curacion de un príncipe persa, comenzó á difundir su doctrina en la Mesopotamia. Habiendo oido hablar de un cristiano de Caschar, llamado Marcelo, como de un hombre generalmente respetado por su piedad, juzgó que su empresa adquiriria grande autoridad si lograba atraerle á su partido. Trató de introducirse con él por medio de una carta que le escribió de antemano. Por de pronto, parecia que el éxito iba correspondiendo á sus deseos. Marcelo convidó á Manés á que bajase á su casa. Pero Manés no habia tenido en cuenta la vigilancia del pastor, del obispo de Caschar, de Arquelao. Arquelao, informado por Marcelo de lo que pasaba y queriendo favorecer la manifestacion de la verdad, previniendo al mismo tiempo toda seduccion posible, organizó una discusion públi-

ca, en que debian presidir hombres versados en todos los ramos del saber y escogidos entre los paganos. Todavía se conservan las actas de esta discusion, de la cual han citado algunos fragmentos San Epifanio, San Cirilo de Jerusalem y Sócrates; y su autenticidad, dice el sábio autor de *la Simbólica*, es incontestable (1).

Omitiremos en obsequio de nuestros lectores la esposicion del Maniqueismo. Bástenos decir que era un ingerto en el Gnosticismo, como este lo era en el Docetismo, en el punto particular en que se negaba la Encarnacion, pretendiendo que el Hijo de Dios no habia nacido de María, sino que habia venido y habia *aparecido* solamente por su mediacion. Salva esta negacion, en la que únicamente estaban de acuerdo esas heregias, nada hay mas múltiple y divergente, lo hemos visto, como los sistemas que sustituian á la Encarnacion. Era una hydra de mil cabezas que, solo en este punto, formaba un cuerpo. La primera conferencia se pasó en preludios, en los que Manés debió naturalmente esponer su sistema. Sin tocar aun á la grande negacion que lo vinculaba á todas las heregias anteriores, declaró que él era el Paráclito prometido por Jesucristo, teniendo la mision de purificar al Cristianismo; en seguida pasó á su doctrina maniquea de los dos principios. Costó poco trabajo á Arquelao mostrar lo absurdo de todo aquel tegido de contradicciones. Manés se escapó para no verse confundido. Fué á Diodoris, en las inmediaciones de Caschar, y allí trató de vengarse con un sacerdote llamado Diodoro, piadoso, pero que no tenia instruccion bastante para luchar contra un adversario tan capcioso como Manés. Este sacerdote, en sus dudas, recurrió á Arquelao, quien le envió un pequeño tratado sobre la conexion interior del Antiguo y del Nuevo Testamento, contra la unidad de los cuales se declaraba Manés, principalmente en los discursos que pronunciaba al pueblo. Diodoro se sirvió con bastante maestría de esta instruccion en una discusion con Manés; mas de

(1) *La Patrología de los primeros siglos*, obra póstuma de Mœhler, traducida por Juan Cohen, t. II, pág. 262.

improvisó volvió á presentarse el mismo Arquelao, y empezó de nuevo la lucha con este.

La controversia esta vez, teniendo por testigo y por juez á un público mezclado de fieles y de paganos, cuya curiosidad y emocion eran sobreescitadas por aquellas peripecias de la lucha, recayó sobre el dogma de la Encarnacion. He aquí cómo: traducimos compendiando:

Habiendo Manés apelado á una sesion solemne, en la que prometia aturdir á Diodoro, tuvo lugar esta sesion, y ya comenzaba á presentar á Diodoro las primeras dificultades, cuando apareció Arquelao, como hemos dicho, en la asamblea, y abrazando á Diodoro, lo saludó con un beso santo. Diodoro y los asistentes admiraron en este auxilio inesperado el dedo de la Providencia divina. Manés bajó el tono y las cejas, y dejó entrever el deseo de tocar á retirada. Arquelao, calmando con un gesto la sensible emocion de la asamblea, empezó á esponer el estado anterior de la controversia, y de qué manera Manés se habia evadido de ella; despues dijo á este que escogiese él mismo el punto porque debia volverse á principiar la discusion, quedando para jueces los mismos precedentemente nombrados.—Manés entonces se presentó como victima, diciendo que veia muy bien que se le queria jugar una mala partida; mas que él estaba pronto á sufrir la persecucion, los suplicios y la muerte, siguiendo en esto la conducta de los Apóstoles y los preceptos de Jesucristo.—No se trata de esto, contestó Arquelao; esta asamblea no se dejará sorprender por ese vano subterfugio: se trata de saber quién de nosotros dos sigue la verdad. ¿Eres tú, Manés, que has venido á traer la muerte á las almas? danos, pues, á conocer en qué haces consistir su salvacion; y, te lo repito, elige tú mismo el terreno de la controversia. Manés, apremiado, trataba aun de evitar la discusion con Arquelao, con pretesto de que debia concluir la con Diodoro, vanagloriándose de que, vencido Diodoro, traeria al mismo Arquelao al aprisco, fuera del cual, dijo, se hallaba, errante, segun la palabra de Jesus, que apareció bajo figura de hombre, es verdad, pero que sin embargo no fué hombre.

«¿Luego tú no piensas que haya nacido de la Virgen Maria? replicó Arquelao.»

«Lejos de mí, dijo Manés poniéndose en pié con la doblez de la serpiente; lejos de mí admitir que Nuestro Señor Jesucristo haya venido por los órganos vergonzosos de una mujer. El mismo, efectivamente, declaró que fué del seno de su Padre de donde bajó, cuando dijo: «El que me recibe, recibe á Aquel que me ha enviado;» y «Yo no he venido á hacer mi voluntad, sino la de Aquel que me envió,» y «Yo no he sido enviado sino á las ovejas descarriadas de Israel;» y otros muchos testimonios de esta clase, que indican que ha venido y que no ha nacido. Y si tú, Arquelao, te vanaglorias de tener mayor autoridad que El, de conocer la verdad mejor que El, no es á El, sino á tí, á quien debemos creer. Hablaba lo mismo que tú aquel que un dia vino á decirle: *Maria, tu madre y tus hermanos te aguardan fuera.* Mas El le reprendió esta expresion, y dijo: «¿Quién es mi madre y quiénes son mis hermanos?» y manifestó que su madre y sus hermanos no eran otros que los que cumplan su voluntad. Que si á pesar de todo tú persistes en sostener que Maria es su Madre, ciertamente puedes hacerlo; no cabe duda, en efecto, y resulta de este testo, que tuvo hermanos de esa misma madre; pero dinos pues, ¿estos hermanos, han nacido de José ó del Espíritu Santo? Si dices que han nacido del Espíritu Santo, tendríamos muchos Cristos. Y si no han nacido de él, ¿cómo, con todo, son sus hermanos? inevitablemente hay que admitir, que despues de la operacion del Espíritu Santo, despues de la embajada de Gabriel, esta Virgen tan casta, esta Iglesia immaculada (1) se ha unido á José. Y si esto te parece absurdo é indigno, ¿de dónde harás salir estos hermanos? Si no puedes dar á conocer su origen y que no sean hermanos suyos, ¿cómo es Maria su madre?.. A mas de eso, el Apóstol Pedro, el mas eminente de todos, habiendo hecho entre todas las opiniones que circulaban acerca de Jesus, aquella profe-

(1) Esta denominacion irónica de Iglesia, dada á la Santísima Virgen, demuestra que este lenguaje estaba admitido, conforme á la doctrina de Clemente de Alejandría, arriba espuesta.

sion de fé: «Vos sois Cristo el Hijo de Dios vivo,» Jesus inmediatamente lo beatificó, porque «mi Padre celestial, dijo, te lo ha revelado.» Véase ahora de qué diferente manera Jesus acoge lo que dicen de él. A aquel que habia dicho: «Vé ahí tu madre que está fuera,» responde: «¿Quién es mi madre?» A aquel que le dice: «Tú eres Cristo, Hijo de Dios vivo,» le concede la beatitud. Y si, despues de esto, quieres que haya nacido de María, mentirá El y su Apóstol Pedro. Y si Pedro dice verdad, es falsa la primera proposicion, y mi causa está ganada (1).»

Prendida la asamblea, en esta sutil red de aparente verdad, y toda conmovida, no creia que Arquelao pudiese responder (2). Mas habiendo calmado el bullicio, Arquelao tomó la palabra, y empezando por desenredar la trama de Manés, le costó poco trabajo hacer ver que todo su artificio habia consistido en presentar en un sentido general y absoluto unos testos que solo tenian un sentido de circunstancia y relativo. Y para quitar la máscara á este artificio con analogías, citó aquella respuesta de Jesus á Pedro, que declinaba por un movimiento de amor, el preságio de su pasion y de su muerte: «*Retirate, Satánás, porque tú no sabes lo que es de Dios.*» Recordó que cuando los demonios, confesando la divinidad de Cristo, gritaban: «Te conocemos, tú eres el ungido de Dios,» Jesus los reprendió y les mandó callar. Hubiera debido beatificarlos como á Pedro, añadió, si es que este fué beatificado por la verdad de su respuesta. Y si esto, sin embargo, os

(1) *Acta disputationis Archelai Episcopi Mesopotamiae et Manetis haeresiarcae.*—Lo sofisticado de este lenguaje de Manés se hallaba muy bien figurado por la incoherencia estravagante de su traje. Llevaba unos borceguies muy altos, una capa de diversos colores, y que figuraba algo de aéreo, y un grueso baston de ébano en la mano, un libro babilónico bajo el brazo, una pierna fajada con una tela encarnada, y la otra con una tela verde; traje propio de un titiritero y de un mágico.

(2) *His auditis, turbæ permotæ sunt, veluti rationem veritatis continentibus, et Archelao nihil habente quod his posset opponere.*

parece absurdo, es porque hay que reconocer que las palabras del Evangelio deben tomarse segun el lugar, el tiempo, las personas, las cosas y las circunstancias á que se refieren. Partiendo Arquelao de esta regla de sentido comun, hizo ver en seguida que la respuesta de Jesus: «*¿Quiénes son mi madre y mis hermanos?*» se referia á la *situacion* de su Apostolado, y que no debia torcerse dicho sentido. Jesus, dijo muy perfectamente Arquelao, era en esta circunstancia como un rey, que habiendo presentado la batalla á sus enemigos, y formado sus planes, y dado sus disposiciones para apresarlos y dominarlos, rodeado de enemigos, y absorto en su real empresa, se vé interrumpido por un importuno que viene á distraerle con sus asuntos domésticos. Contra ese importuno, y no contra su Madre, es con quien se hace el desentendido Jesus.

Despues de haber hecho así justicia por el buen sentido contra las sofisticas sutilezas de Manés, Arquelao hizo desaparecer el laberinto de testos, en que la heregía ha querido siempre descaminar y embrollar las cuestiones, y se colocó en el terreno ancho y descubierto de la doctrina. Allí estuvo concluyente en lógica. Hizo retroceder al heresiarca de abismo en abismo, hasta anonadarlo, demostrando que todas las verdades religiosas y aun morales, se hallan pendientes de la Maternidad divina de María. Citemos este discurso, cuyo laconismo iguala á su fuerza. Es un símbolo de fé que debería estar grabado en todos los altares de María:

«Pero demostremos abiertamente á todos, cuánta impiedad encubre su asercion. Si, como tú dices, Cristo no nació, ciertamente tampoco padeció; porque es imposible que padezca quien no ha nacido; y si no ha padecido, hay que hacer desaparecer hasta el nombre de Cruz (1). Suprimida la Cruz, Jesus no ha resucitado de entre los muertos. Y si Jesus no ha resucitado de entre los muertos, nadie resucitará tampoco. Y si nadie debe resucitar, no habrá juicio. Porque, no cabe duda, que si yo no resucito, yo no seré juzga-

(1) Hallaremos este racionio en boca de San Cirilo contra Nestorio, en el Concilio de Efeso.